

VLADIMIR NABOKOV

Una Belleza Rusa



En esta colección de trece cuentos Nabokov nos habla con ternura e ironía de una generación de exiliados. Algunos son emigrados rusos residentes en París o en Berlín, donde intentan reconstruir sus vidas a partir de fragmentos de realidad, belleza y honores recordados. Otros son simplemente hombres y mujeres a la deriva en un mundo extraño donde han desaparecido los valores que una vez rigieron su existencia.

A Vera

UNA BELLEZA RUSA

«Una belleza rusa» («Krasavitsa») es una divertida miniatura, con un desenlace inesperado. El texto original fue publicado en el diario para emigrados *Posledniya Novosti* (París, 18 de agosto de 1934), y formó parte de *Soglyadatay*, colección de cuentos del autor editada por *Russkiya Zapiski* (París, 1938).

Olga, de quien ahora nos ocuparemos, nació el año 1900, hija de una familia de nobles adinerados, libres de preocupaciones. La pálida muchachita con su blanco traje de marinero, los cabellos castaños peinados hacia un lado y unos ojos tan alegres que todo el mundo se los besaba, fue considerada una belleza desde su infancia. La pureza de su perfil, la expresión de sus labios cerrados, la sedosidad de las trenzas que le colgaban hasta la cintura, todo resultaba encantador.

Su infancia transcurrió gozosa, segura y alegre, como desde antiguo era habitual en nuestro país. Un rayo de sol sobre la cubierta de un volumen de la *Bibliothèque Rose* en la finca familiar, la clásica escarcha en los jardines públicos de San Petersburgo... Un repertorio de recuerdos como los citados, constituía su única dote cuando salió de Rusia en la primavera de 1919. Todo sucedió en total consonancia con el estilo de la época. Su madre murió de tifus, su hermano fue ejecutado frente al pelotón de fusilamiento. Desde luego, todo fórmulas hechas, los escalofriantes chismorreos de

rigor, pero así sucedió, no existe otra manera de decirlo, y de nada servirá apartar la nariz con desprecio.

En fin, que en 1919 nos encontramos con una joven dama ya crecida, de pálida cara llena con unas facciones tal vez excesivamente regulares, pero aun así muy adorable. Alta, de senos suaves, viste siempre un jersey negro y un chal en torno al blanco cuello y sostiene un cigarrillo inglés entre los finos dedos de la mano en la que apunta un huesecillo, justo encima de la muñeca.

Sin embargo, hubo un momento de su vida, a finales de 1916, en que no había colegial del centro de veraneo próximo a la finca familiar que no hubiera pensado pegarse un tiro por ella, ni estudiante universitario que no... En una palabra, había irradiado una cierta magia que, de haber durado, habría causado... habría destrozado... Pero, por algún motivo, de nada sirvió. Los acontecimientos no llegaron a desarrollarse, o bien se produjeron sin ningún sentido preciso. Hubo flores que ella era demasiado perezosa para colocar en un jarrón, hubo paseos al atardecer ahora con éste, ahora con otro, y al final el callejón sin salida de un beso.

Hablaba fluidamente el francés, pronunciando *les gens* como si rimase con *agence* y separando *août* (agosto) en dos sílabas (*a-ou*). Traducía ingenuamente los *grabezhi* (robos) rusos por *les grabuges* (pendencias) y empleaba algunas arcaicas locuciones francesas que por alguna razón habían perdurado en las viejas familias rusas, pero sabía arrastrar las erres de modo muy satisfactorio pese a no haber estado nunca en Francia. Sobre el tocador de su habitación de Berlín tenía una postal con el retrato del zar, obra de Serov, sujeta con un alfiler rematado por una falsa turquesa. Era religiosa, pero a veces en la iglesia sufría repentinos ataques de risa. Escribía versos con esa aterradora facilidad característica de las jóvenes rusas de su generación: versos patrióticos, versos humorísticos, absolutamente cualquier tipo de versos.

Durante unos seis años, esto es, hasta 1926, residió en una pensión de la Augsburgerstrasse (no lejos del reloj), en compañía de su padre, un viejo de anchas espaldas, con gruesas e hirsutas cejas salientes, un bigote amarillento y unos estrechos pantalones apretados sobre sus larguiruchas piernas. Estaba empleado en alguna empresa optimista, su decencia y amabilidad eran proverbiales y era de esos que nunca rechazan una copa.

En Berlín, Olga fue haciéndose gradualmente con un amplio grupo de amigos, todos ellos jóvenes rusos. Se estableció un cierto tono desenfadado. «Vamos al cine-mono», o «Mira que era *gili* esa sala de baile alemana *Die-le!*». Todo tipo de dichos populares, frases rimadas, imitaciones de imitaciones estaban muy a la orden del día. «Estas chuletas están de mal humor». «Me pregunto ¿quién la estará besando ahora?». O, en voz ronca, atragantada: «*Messieurs les officiers...*».

En casa de los Zotov, en sus habitaciones excesivamente caldeadas, ella bailaba lánguidamente el fox-trot al son del gramófono, desplazando la alargada pantorrilla, no sin gracia, mientras procuraba mantener alejado el cigarrillo que acababa de terminar, y cuando sus ojos localizaban el cenicero, revoloteando al compás de la música, allí lo depositaba sin perderse ni un solo paso. ¡Qué delicioso, qué expresivo era el gesto con que sabía llevarse el vaso de vino a los labios, bebiendo secretamente a la salud de un tercero mientras contemplaba entre las pestañas a la persona que acababa de hacerle sus confidencias! ¡Cómo le gustaba sentarse en un extremo del sofá, comentando con esta o aquella persona los asuntos del corazón de otro, los cambios de la fortuna, la probabilidad de una declaración —todo ello indirectamente, a través de insinuaciones— y qué comprensivos sonreían sus ojos, esos ojos puros muy abiertos, enmarcados por una fina piel levemente azulada, con unas pecas apenas perceptibles! Pero, en cuanto a su persona nadie se enamoraba de ella, y ésta es la razón de que

recordase largo tiempo el pelmazo que la manoseó en un baile de caridad y después lloró sobre su hombro desnudo. El pequeño Barón R. lo retó, pero aquél rehusó el desafío. Por cierto que Olga usaba la palabra «pelmazo» en toda y cualquier ocasión. «Esos pelmazos», canturreaba en lánguidos y afectuosos tonos de pecho. «Qué pelmazo...». «¿Verdad que son unos pelmazos?».

Pero hubo un momento en que su vida comenzó a ennegrecerse. Algo había terminado, la gente ya se disponía a marcharse. ¡Con tanta rapidez! Su padre murió, ella se mudó a otra calle. Dejó de ver a sus amigos, tejía pequeños gorritos a la moda y daba lecciones baratas de francés a algunas damas de uno que otro club. De este modo fue languideciendo su vida hasta que alcanzó la edad de treinta años.

Seguía siendo la belleza de siempre, con esa encantadora caída de los ojos muy separados y esos labios de rarísima línea en los que ya parece estar inscrita la geometría de la sonrisa. Pero su cabello había perdido su resplandor y estaba mal cortado. Su traje sastre, negro, iba por su cuarto año. Sus manos, con las uñas relucientes pero mal arregladas, estaban surcadas de venas y temblaban, nerviosas, a causa de su condenado hábito de fumar sin reposo. Y mejor será correr un velo de silencio sobre el estado de sus medias...

Ahora, con los forros de su bolso hecho jirones (al menos siempre le cabía la esperanza de encontrar una moneda extraviada); ahora, que estaba tan cansada; ahora, cuando cada vez que se ponía su único par de zapatos tenía que esforzarse para no pensar en las suelas, como cuando entraba en casa del estanquero, tragándose el orgullo, y se forzaba a no pensar en lo mucho que ya le debía; ahora, perdida ya toda esperanza de regresar a Rusia, cuando el odio había llegado a ser tan habitual que casi ya no era pecado; ahora que el sol comenzaba a ocultarse detrás de la chimenea, Olga sufría de vez en cuando el tormento de la

lujosa llamada de ciertos anuncios, escritos con la saliva de Tántalo, y se imaginaba rica, luciendo ese vestido, dibujado con la ayuda de tres o cuatro líneas insolentes, sobre la cubierta de ese barco, bajo esa palmera, en la balaustrada de esa terraza blanca. Y además añoraba también otras cosas.

Un día, de una cabina telefónica, salió corriendo como un huracán su vieja amiga Vera, estuvo en un tris de derribarla, presurosa como siempre, cargada de paquetes, con un terrier de enmarañadas cejas, cuya correa al punto se arrolló un par de vueltas en torno a su falda. Vera se abalanzó sobre Olga implorándole que fuese a pasar unos días en su villa veraniega, diciendo que había sido el mismo Destino, que era maravilloso y cómo lo has pasado y si tienes muchos pretendientes. «No, cariño, ya me pasó la edad», respondió Olga, «y además...». Añadió un pequeño detalle y Vera se echó a reír, dejando caer sus paquetes casi hasta tocar el suelo. «No, en serio», dijo Olga, con una sonrisa. Vera continuó alentándola, tirando del terrier, volviendo la cabeza de un lado a otro. Olga, que de pronto se había puesto a hablar con voz nasal, le pidió prestado algún dinero.

A Vera le encantaba organizar cosas, ya fuese una fiesta con ponche, un viaje o una boda. Y se lanzó ávidamente a la tarea de organizar el destino de Olga.

—Se ha despertado la casamentera que llevas dentro, —bromeó su marido, un báltico anciano de cabeza afeitada y monóculo. Olga llegó un esplendoroso día de agosto. No tardó en encontrarse vestida con un traje de Vera, su peinado y su maquillaje transformados. Protestó tímidamente, pero cedió, y ¡cómo crujió de contento el *parquet* en la alegre pequeña villa! ¡Cómo centellearon y relucieron los espejitos, suspendidos en el verde huerto para ahuyentar a los pájaros!

Un alemán rusificado, llamado Forstmann, un viudo atlético y acomodado, autor de libros de caza, fue a pasar una semana con ellos. Llevaba mucho tiempo pidiéndole a Vera

que le encontrara una esposa, «una auténtica belleza rusa». Forstmann tenía una nariz fuerte y voluminosa con una fina vena sonrosada sobre el alto puente. Era educado, silencioso, a ratos incluso taciturno, pero sabía como establecer instantáneamente y sin que nadie se diera cuenta, una eterna amistad con un perro o con un niño. Olga se puso difícil tras su llegada. Inquieta e irritable, hizo todo lo que no debía, y a sabiendas de que no debía hacerlo. Cuando la conversación giraba en torno a la vieja Rusia (Vera intentaba hacer que se vanagloriara de su pasado), le parecía que todas sus palabras eran mentira y que todos notaban que lo eran, y por consiguiente se negó tercamente a decir lo que Vera intentaba sonsacarle y, en general, no cooperó en ningún sentido.

En la galería, terminaron de golpe una partida de naipes y, todos juntos, salieron a dar un paseo por el bosque, pero Forstmann charlaba sobre todo con el marido de Vera y, recordando alguna travesura de su juventud, ambos enrojecían de tanto reír, se quedaban rezagados y se dejaban caer sobre el musgo. La víspera de la partida de Forstmann, estaban jugando a las cartas en la galería, como solían hacer por las noches. De pronto, Olga sintió un espasmo irresistible en la garganta. Todavía se las arregló para sonreír y salir sin indebido apresuramiento. Vera llamó a su puerta, pero ella no le abrió. A media noche, después de aplastar una multitud de moscas soñolientas y tras haber fumado un cigarrillo tras otro hasta que ya no pudo inhalar, irritada, deprimida, detestando a todos y a sí misma, Olga salió al jardín. Chirriaban los grillos, se balanceaban las ramas, de vez en cuando caía con un golpe seco una manzana, y la luna hacía ejercicios gimnásticos sobre la encalada pared del corral de las gallinas.

Por la mañana temprano, volvió a salir y se sentó en las escaleras del porche ya calientes. Forstmann, con su bata azul oscuro, fue a sentarse a su lado, carraspeó, le preguntó si accedería a ser su esposa (empleó exactamente esa pala-

bra: «esposa»). Cuando entraron a desayunar, Vera, su marido y su prima soltera, en completo silencio ejecutaban danzas absurdas, cada uno en un rincón distinto, y Olga dijo lentamente con voz afectuosa: «¡Vaya pelmazo!», y al siguiente verano moría de parto.

Eso es todo. Naturalmente, puede tener una conclusión, pero yo la ignoro. En tales casos, en vez de perderme en conjeturas, suelo repetir las palabras del alegre rey de mi cuento de hadas favorito: ¿Qué flecha vuela eternamente? La flecha que ha dado en el blanco.

EL LEONARDO

«El Leonardo» («Korolyok») fue compuesto en Berlín, en las márgenes cubiertas de pinos del lago Grünewald, durante el verano de 1933. Publicado por primera vez en *Posledniya Novosti* (París, 23 y 24 de julio de 1933), fue recopilado luego en *Vesna v Fialte* (Nueva York, 1956).

Korolyok (literalmente: reyezuelo) es, o se supone que es, una expresión empleada en los bajos fondos rusos para designar a un «falsificador». Estoy profundamente agradecido al profesor Stephen Jan Parker por haberme sugerido la expresión equivalente del hampa americana, en la que reluce deliciosamente el regio polvillo de oro del nombre del Viejo Maestro. La sombra grotesca y feroz de Hitler se cernía sobre Alemania cuando imaginé a esos dos brutos y a mi pobre Romantovski.

Los objetos que evocamos se reúnen, se aproximan procedentes de lugares distintos; para ello, algunos deben superar no sólo la distancia del espacio sino también la del tiempo. ¿Con qué nómadas, se preguntarán tal vez, es más molesto competir, con el joven álamo, por ejemplo, que en su momento creció en las cercanías pero fue talado hace ya largo tiempo, o con el escogido patio que aún se conserva, pero situado muy lejos de aquí? Apresúrense, por favor.

Aquí llega el pequeño álamo oval, todo punteado de verdor abribeño, y ocupa el lugar señalado, esto es, junto al alto muro de ladrillo, importado de otra ciudad en una sola pieza. Frente a él, se alza una sórdida y sucia casa de alquiler, con mezquinos balconcillos abiertos uno tras otro como

los cajones de una cómoda. Otros fragmentos de la escena se distribuyen por el patio: un barril, un segundo barril, el fino sombreado de algunas hojas, una especie de urna y una cruz de piedra apoyada al pie del muro. Todo esto apenas está esbozado y es preciso añadir y acabar mucho más, y sin embargo dos personas vivas —Gustav y su hermano Anton— ya se asoman a su diminuto balcón, en el momento en que Romantovski, el nuevo inquilino, entra en el patio, empujando una pequeña carretilla con una maleta y una pila de libros.

Vistas desde el patio, y especialmente en un día luminoso, las habitaciones de la casa parecen sumidas en densa oscuridad (la noche está siempre con nosotros dentro, en un lugar u otro, durante una parte de las veinticuatro horas, y fuera, durante el resto). Romantovski levantó la mirada hacia las negras ventanas abiertas, hacia los dos hombres que con ojos atónitos le observaban desde su balcón y, echándose la bolsa al hombro —con una sacudida hacia delante como si alguien le hubiera golpeado en la nuca—, se sumergió en el portal. Allí quedaron, iluminados por el sol: la carretilla con los libros, un barril, otro barril, el joven álamo parpadeante y una inscripción pintada con alquitrán sobre la pared de ladrillo: VOTA POR (ilegible). Seguramente, debían de haberla garabateado los hermanos antes de las elecciones.

Bien, así organizaremos el mundo: todos los hombres sudarán, todos los hombres comerán. Habrá trabajo, habrá alegrías para el estómago, habrá un limpio, caliente, soleado...

(Romantovski pasó a ser el inquilino del lugar adyacente. Era aún más gris que el de ellos. Pero debajo de la cama descubrió una muñequita de goma. Dedujo que su predecesor había sido un hombre que tenía familia).

Pese a que el mundo aún no se había convertido decisiva y totalmente en materia sólida y seguía conservando algunas regiones de naturaleza intangible y reverenciada, los

hermanos se sentían seguros y protegidos. El mayor Gustav, trabajaba en una agencia de mudanzas; el más joven se encontraba temporalmente sin empleo, pero no se desanimaba. Gustav tenía la tez rubicunda, erizadas cejas rubias y un torso ancho como un armario, siempre cubierto con un jersey de basta lana gris. Usaba bandas elásticas para sujetarse las mangas de la camisa en las junturas de sus gordos brazos, a fin de dejar libres las muñecas y evitar cualquier desaliño. Anton tenía la cara picada por la viruela, se recortaba el bigote en forma de oscuro trapezoide, y cubría su flaco esqueleto de alambre con un jersey rojo oscuro. Pero cuando ambos apoyaban los codos sobre la barandilla del balcón, sus traseros eran exactamente iguales, grandes y triunfantes, con idéntica tela a cuadros recubriendo ajustadamente las prominentes nalgas.

Repito; el mundo será sudoroso y bien alimentado. No se admiten holgazanes, parásitos ni músicos. Mientras nuestro corazón bombea sangre deberíamos *vivir*, ¡qué caray! Dos años llevaba ya Gustav ahorrando dinero para casarse con Anna, adquirir un tocador, una alfombra.

Ella venía cada dos noches, esa rolliza mujer de llenos brazos, con pecas sobre el ancho puente de la nariz, una sombra plomiza bajo los ojos y dientes separados, uno de los cuales, además, había desaparecido bajo un puñetazo. Ella y los hermanos se emborrachaban con cerveza. Tenía una manera especial de juntar los brazos desnudos detrás de la nuca, exhibiendo las matas rojas relucientes de humedad de sus sobacos. Echaba la cabeza atrás y abría tan generosamente la boca que hubiera sido posible inspeccionarle todo el paladar y la campanilla, que parecía la rabadilla de una gallina hervida. La anatomía de su regocijo era muy del agrado de los dos hermanos. Les entusiasmaba hacerle cosquillas.

Durante el día, mientras su hermano trabajaba, Anton permanecía sentado en una acogedora taberna o tumbado entre los dientes de león sobre la fresca hierba, todavía in-

tensamente verde, a orillas del canal y observaba con envidia a unos exuberantes fortachones cargando carbón en una gabarra o bien se quedaba mirando estúpidamente el vacío azul del cielo adormecedor. Pero de pronto había surgido un estorbo en la vida encarrilada de los hermanos.

Desde el momento en que apareció, empujando su carretilla hacia el patio, Romantovski provocó una mezcla de irritación y curiosidad en los dos hermanos. Su olfato infalible les advirtió que allí tenían a una persona distinta de las demás. Normalmente, no se adivinaba nada especial en él a simple vista, pero los hermanos lo notaron. Por ejemplo, caminaba de un modo distinto: a cada paso se empinaba de una forma peculiar, sobre un ágil dedo gordo, adelantándose y elevándose como si el mero acto de pisar le ofreciera una oportunidad de vislumbrar algo fuera de lo corriente por encima de las cabezas vulgares. Era lo que se dice un «mequetrefe», muy delgado, con un pálido rostro de nariz afilada y ojos sorprendentemente inquietos. Por las mangas excesivamente cortas de su chaqueta cruzada asomaban sus largas muñecas, con una notoriedad molesta y sin sentido («aquí estamos: ¿qué debemos hacer?»). Salía y entraba de su casa a horas impredecibles. Una de las primeras mañanas, Anton le avistó cerca de un puesto de libros: estaba preguntando el precio, o ya había comprado algo, pues el vendedor golpeó ágilmente un polvoriento volumen contra otro y se los llevó a su rincón en la trastienda. También observaron en él otras excentricidades: su luz permanecía encendida prácticamente hasta el alba; era extrañamente poco sociable.

Oímos la voz de Anton:

—Ese fino caballero se pavonea mucho. Deberíamos examinarlo mejor.

—Le venderé la pipa —dijo Gustav.

Los nebulosos orígenes de la pipa. Anna la había traído un día, pero los hermanos sólo sabían de cigarrillos. Una pi-

pa cara, todavía no ahumada. Llevaba un tubito de acero acoplado a la caña. Tenía un estuche de piel.

—¿Quién está ahí? ¿Qué desean? —preguntó Romantovski al otro lado de la puerta.

—Vecinos, vecinos —respondió Gustav con voz ronca.

Y los vecinos entraron, lanzando ávidas miradas a su alrededor. Un resto de salchichón yacía sobre la mesa junto a un desordenado montón de libros; uno de ellos estaba abierto en una página con una ilustración de barcos de muchas velas y volando sobre ellos, en una esquina, un querubín de hinchados carrillos.

—Tenemos que conocernos —dijeron los hermanos con voz cavernosa—. Se diría que vivimos unos junto a otros, pero por algún motivo nunca coincidimos.

Un infiernillo de alcohol y una naranja compartían la parte superior de la cómoda.

—Encantado —dijo suavemente Romantovski. Se sentó al borde de la cama y, con la frente inclinada, hinchada la V de sus venas, comenzó a atarse los cordones de los zapatos.

—Estaba usted descansando —dijo Gustav con ominosa cortesía—. ¿Hemos venido en un mal momento?

Ni una palabra, ni una sola palabra, pronunció el inquilino en respuesta; por el contrario, se incorporó de pronto, se volvió hacia la ventana, levantó el dedo y se quedó inmóvil.

Los hermanos miraron pero no vieron nada especial en la ventana; enmarcaba una nube, la copa de un álamo y parte de la pared de ladrillo.

—¿Cómo, no ven ustedes nada? —preguntó Romantovski.

El jersey rojo y el jersey gris se acercaron a la ventana e incluso se asomaron, transformándose en gemelos idénticos. Nada. Y ambos experimentaron la repentina sensación de que algo no marchaba, ¡no marchaba en absoluto! Gira-